



Afrodescendientes en museos de México: silencio y olvido

María Elisa Velázquez*

Hace más de 50 años que Gonzalo Aguirre Beltrán publicó su libro pionero sobre africanos y afrodescendientes *La población negra en México* (1946). Desde entonces muchas investigaciones y estudios se han realizado, los cuales han revelado, entre otros aspectos, la importancia de este grupo en la formación de nuestro país, su situación actual y sus aportaciones al patrimonio cultural de México.

El INAH ha contado con varios investigadores dedicados al tema, entre ellos con Gabriel Moedano, antropólogo del área de la Fonoteca fallecido hace varios años, y Luz María Martínez Montiel, etnóloga que tuvo a cargo en la década de 1990 el programa Nuestra Tercera Raíz en la Dirección General de Culturas Populares del Conaculta. Además, desde hace 17 años se lleva a cabo en el INAH un seminario de estudios históricos y antropológicos sobre el tema, lo cual ha posibilitado el intercambio académico y la presentación de proyectos y resultados de investigaciones. Asimismo, este instituto tiene una colección editorial titulada Africanías, que cuenta ya con ocho volúmenes,¹ además de que ha organizado congresos y coloquios tanto nacionales como extranjeros, y participado en proyectos colectivos internacionales como Afrodesc (Afrodescendientes y esclavitud: dominación, identificación y herencias en las Américas), financiado por la Agencia Nacional de Investigación entre 2008 y 2012, donde participaron especialistas de Francia, Colombia, Canadá, Senegal, España, Belice y México, entre otros.

Dos de sus investigadoras han formado parte del comité científico del proyecto internacional “La ruta del esclavo: resistencia, libertad y patrimonio”, auspiciado por la UNESCO, que es un programa encargado de romper el silencio sobre el tema y elaborar directrices y recomendaciones para que los países miembros de ese organismo realicen actividades de investigación y difusión en torno al proceso de comercio de personas esclavizadas de África. No hay que olvidar que durante el periodo virreinal llegaron a México alrededor de 250 mil

Lagunillas, 2013 **Fotografía** © Colección particular, José Luis Martínez Maldonado

hombres, mujeres y niños en calidad de esclavos desde África occidental, central y oriental, sin contar con los que llegaron de contrabando, por lo que en varias épocas y regiones han representado el segundo grupo poblacional más importante después de los indígenas.

Pese a los esfuerzos de investigación y difusión sobre el tema, aún es una tarea pendiente dar a conocer el pasado y presente de este grupo en los museos de México, en especial en el INAH, que tiene a su cargo la coordinación de recintos nacionales, regionales y de sitio. Como es bien sabido, una de las funciones centrales del instituto consiste en difundir mediante los museos los resultados de las investigaciones sobre las características de los grupos étnicos y sociales de México, los cuales son centrales para comprender la diversidad cultural que nos caracteriza y promover una cultura de respeto y diálogo.

Sin embargo, en el caso de los afrodescendientes hasta la fecha sólo han existido esfuerzos aislados, sin que se cuente con una exposición en que se explique cómo, por qué y cuándo llegaron estos miles de africanos, en qué los ocuparon, cómo contribuyeron a la formación económica, social y cultural de nuestro país y en qué regiones se encuentran en la actualidad. El silencio y la negación a participar por parte de estas miles de personas ha tenido y tiene consecuencias graves no sólo para la sociedad mexicana, que desconoce una parte fundamental de su pasado y presente, sino sobre todo para las comunidades y poblaciones afrodescendientes que han padecido el racismo, la discriminación y la marginación social y económica.

A finales de la década de 1980 y a lo largo de la de 1990 el Museo Regional de Veracruz contó con una sala dedicada al tema, pero fue eliminada tras su remodelación. También se han realizado exposiciones temporales de fotografías en el Museo Nacional de Culturas Populares, en la Feria del Libro del INAH y en otras sedes de Veracruz y Guerrero. En 1996, en el marco de un simposio sobre afrodescendientes en Guerrero, se inauguró una exposición fotográfica de Rosario Nava en el Museo Histórico de Acapulco, Fuerte de San Diego, perteneciente al INAH, titulada *Semejanzas y diversidad*, así como una exposición gráfica itinerante de la UNESCO que recorrió varios espacios de las ciudades de México y Veracruz. En el Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, también se hacen algunas menciones de la población de origen africano, sin detenerse a explicar a fondo su relevancia en la historia de México ni mencionar que, por ejemplo, José María Morelos y Vicente Guerrero fueron mulatos, es decir, afrodescendientes.

Hasta hace un par de años las salas de etnografía del Museo Nacional de Antropología dedicaban un pequeño espacio a los pueblos afrodescendientes de los estados de Guerrero y Oaxaca. En esa muestra museográfica se hablaba de una manera muy general sobre las características de estas poblaciones

en la región y de algunas de sus expresiones culturales musicales más conocidas, como la *Danza de los diablos* o el *Son de artesa*. Sin embargo, hoy en día no existe ya este espacio museográfico, de por sí muy limitado, y sólo en algunas cédulas y de modo aislado y erróneo se habla de las poblaciones afrodescendientes.

Por ejemplo, en varias cédulas se menciona la palabra “negros” junto con denominaciones como “europeos” o “americanos”, o se utiliza el término “raza”, un concepto muy controvertido en la actualidad. En la sala de los pueblos de Oaxaca se alude a la población “afromestiza”, denominación también en desuso por varias razones, y aunque se muestra una fotografía de niños y jóvenes de la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca, no se ofrece explicación alguna sobre su origen y características. En suma, los pueblos y comunidades afrodescendientes —no sólo de Guerrero y Oaxaca, sino también de Veracruz, Michoacán, Morelos y Coahuila— se encuentran ausentes en las salas etnográficas de ese recinto.

Un solo esfuerzo museográfico significativo se ha realizado, por cierto sin intervención del INAH: la creación del Museo de las Culturas Afronestizas Vicente Guerrero, en Cuajinicuilapa, Guerrero. Este museo, inaugurado en 1999, se llevó a cabo bajo la iniciativa del programa Nuestra Tercera Raíz de la Dirección General de Culturas Populares, con el propósito de dar a conocer la importancia de este grupo en la historia de México, en particular en la región de la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca. Como es bien sabido, las comunidades de esa zona, por ciertas características históricas, son fenotípica y culturalmente más representativas de una cultura afrodescendiente. Allí llegó población de origen africano para trabajar en las haciendas agrícolas y ganaderas en las fronteras costeras del Pacífico. Aunque tuvieron intercambio con las poblaciones indígenas, fueron ocupando las zonas montañosas, y los grupos afrodescendientes, denominados a partir de la época colonial como “negros” y “morenos”, se establecieron en las regiones cercanas al mar. Muchos de ellos obtuvieron su libertad y se encargaron del ganado, la arriería y el comercio de la zona.

Las comunidades afrodescendientes de esta región cuentan con una cultura y un patrimonio singulares. También Aguirre Beltrán fue pionero en hacer notar las características de estas poblaciones en su libro *Cuijila* (1958), además de que en los últimos años otras investigaciones han hecho énfasis en aspectos como las redes de parentesco, expresiones musicales, costumbres y tradiciones, problemáticas de migración y de las características de las organizaciones sociales que en la actualidad demandan su reconocimiento mediante acciones concretas del Estado.²

El Museo de las Culturas Afronestizas se ubica en la ciudad de Cuajinicuilapa, en medio de la zona más representativa de la afrodescendencia de la región costera del Pacífico, a



Diablos en espera **Fotografía** © Colección particular, José Luis Martínez Maldonado

cuatro horas del puerto de Acapulco y a casi ocho de la ciudad de México. El municipio de Cuajinicuilapa cuenta con 25 mil 922 habitantes, con una economía que solía enfocarse en la ganadería y la agricultura, aunque en épocas recientes se ha convertido en un centro de comercio relevante. Esta población, casi limítrofe con el estado de Oaxaca, está muy cerca de Pinotepa Nacional, una población más grande a la que acuden grupos indígenas y afrodescendientes de las distintas poblaciones de la montaña y de la costa para realizar diversas actividades económicas y administrativas.

Con el apoyo de la entonces presidencia municipal y la gestión del programa Nuestra Tercera Raíz, el Museo de las Culturas Afromestizas se mantuvo activo durante varios años. El edificio se diseñó, junto con otras construcciones, para albergar una biblioteca y la reproducción de una casa-redonda, vivienda característica de la región que acaso tenga un antecedente africano, pues en África central se localizan viviendas muy similares. Todo el conjunto arquitectónico dotaba al espacio de un ambiente agradable, con la posibilidad de desarrollar no sólo un espacio museográfico, sino también un centro cultural sobre el tema.

El museo comienza con un gran mapa que ilustra las rutas de esclavitud desde África hacia América, con énfasis en

los trayectos hacia México por los puertos de Veracruz, Campeche y Acapulco. A lo largo de sus espacios museográficos, con el apoyo de maquetas, gráficas y algunos objetos, se narra la vida cotidiana de los miles de africanos que arribaron a Nueva España, en particular las tareas que llevaron a cabo en las haciendas, minas, obrajes y servicio doméstico como cocineras, lavanderas o amas de leche, al cuidado de los niños y los adultos mayores. También se explica la importancia de los afrodescendientes en el movimiento de Independencia y se dedica un espacio amplio a mostrar diferentes expresiones culturales que caracterizan a los costeños afrodescendientes. Por ejemplo, se hace mención de comidas típicas de la región o de las expresiones musicales en la danza y los cantos, como las famosas chilenas, la ya mencionada *Danza de los diablos*, el *Toro del petate*, así como el uso de instrumentos singulares como el “bote” o la “charrasca” y la medicina tradicional, expresada en prácticas como la “sombra”, el “tono” o los nahuales.

La información y el discurso de este espacio museográfico respondió a las inquietudes de un museo de sitio. Por ello, y ante las restricciones financieras, muchos temas cruciales quedaron fuera de la curaduría, entre ellos el origen del racismo y la discriminación, los problemas de género o



El Azufre, Santiago Pinotepa Nacional, 1991 **Fotografía** D.R. © Maya Goded/Fototeca Nacho López/Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas



El Azufre, Santiago Pinotepa Nacional, 1991 **Fotografía** D.R. © Maya Goded/Fototeca Nacho López/Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas



Armenta **Fotografía** © Colección particular, José Luis Martínez Maldonado

las características de las comunidades afrodescendientes y su problemáticas actuales.

Poco después de haber sido abierto al público se formó un patronato con habitantes de la ciudad interesados en su conservación y difusión. Sin embargo, dejó de recibir apoyo de los gobiernos federal, estatal y municipal, por lo que su manutención se ha convertido en un problema cada vez más serio. La falta de recursos ha repercutido en el deterioro museográfico y en la imposibilidad de mantenerlo abierto a diario. Muchas veces, para visitarlo, es necesario que alguien acuda a casa de la responsable para que abra la puerta y los interesados lo visiten. Asimismo la falta de recursos impide que el discurso curatorial se actualice de acuerdo con los nuevos hallazgos en investigación histórica y antropológica, sobre todo de la región de la Costa Chica.

La construcción de una gran cancha de básquetbol justo enfrente del recinto y la sustitución de la biblioteca por oficinas o bodegas también han hecho que el espacio sufra un deterioro considerable. Para llegar al edificio, que no se distingue con facilidad porque carece de letrero y se encuentra acorralado por otras construcciones, es imprescindible cruzar la cancha. El comité o patronato ha tratado de solventar la situación al buscar recursos y solicitar el apoyo de instituciones gubernamentales, sin que se logren mejorar las condiciones del recinto, que suele ser visitado más por público foráneo que por los habitantes de la región. Mucha gente de Cuajinicuilapa y de las poblaciones aledañas no lo conocen e incluso no saben de su existencia. Es bien sabido que un museo necesita difusión y una relación cercana con las escuelas y la sociedad para coordinar visitas y actividades culturales: los problemas de recursos que éste experimenta impiden que se lleven a cabo iniciativas de este tipo.

Resulta lamentable que ni siquiera puertos como el de Veracruz o museos de sitio del INAH como el de Yanga, lugar emblemático del movimiento de cimarrones –esclavos que huían de su situación de sujeción y uno de los primeros pueblos libres de africanos y afrodescendientes a principios del siglo xvii en América, también situado en Veracruz–, cuenten con un espacio digno donde se relate la historia de estas personas y su importancia en México. Por ejemplo, es insólito que en el fuerte de San Juan de Ulúa, construido por africanos esclavizados y por el que llegaron la mayoría de ellos, no se haga señalamiento alguno sobre su presencia en Veracruz. Más aún, a lo largo del malecón se observan varias esculturas: desde la de un español –a modo de honrar a los miles de exiliados que llegaron durante la Guerra Civil en España–, hasta una escultura de Vicente Fox –que han derribado varias veces– localizada a unos metros de una de las avenidas principales de Boca del Río, pero no existe una sola alusión a los miles de hombres, mujeres y niños que arribaron de manera forzada, vivieron situaciones de injusticia

y discriminación, participaron en activo en la conformación de nuestro país y aún se encuentran en regiones como Veracruz, Michoacán, Guanajuato, Coahuila, Morelos, Guerrero y Veracruz, entre otros estados de la República mexicana.

Varios organismos internacionales como la ONU, en particular su Comité para la Eliminación de la Discriminación Racial, y la UNESCO, a través del proyecto de la “Ruta del esclavo: resistencia, libertad y patrimonio”, que preside actualmente México, han hecho hincapié en la importancia de difundir las características del pasado y presente de las poblaciones de la diáspora africana por medio de la educación en libros de texto y en museos, como una herramienta indispensable para conocer las consecuencias de esta tragedia, considerada por la ONU como un crimen contra la humanidad. Pocos países en América Latina cuentan con museos, si bien existen algunos extraordinarios, como el Museo Afrobrasil, en la ciudad de São Paulo, que servirían como ejemplos para que otros recintos museográficos expliquen los procesos desarrollados a partir del comercio de personas desde África y las contribuciones de éstas en la formación de las sociedades americanas.

El tema de la esclavitud es difícil de enseñar. Sin embargo, existen experiencias interesantes, de las cuales naciones como Brasil, Colombia, Canadá y Estados Unidos poseen ejemplos extraordinarios. En la mayoría de éstos se enfatiza en que esconder, silenciar u olvidar el tema no es el camino para resolver las problemáticas de racismo y discriminación. México, como otros países de América Latina, sufre de graves situaciones al respecto, que en la mayoría de las ocasiones subestima o niega. Además de los esfuerzos de la academia por investigar, publicar y difundir los resultados de las investigaciones históricas y antropológicas, las organizaciones sociales, en particular en la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca, demandan que el Estado cumpla con los acuerdos y recomendaciones firmados con organismos internacionales, y lleven a cabo acciones y estrategias para la visibilización y el reconocimiento de las comunidades afrodescendientes, con el propósito de elaborar políticas públicas en su beneficio. Entre ellas se encuentra, por supuesto, la creación de museos y exposiciones donde se explique su pasado y presente.

El Año Internacional de las Personas Afrodescendientes fue promulgado por la ONU en 2011. Entonces el Estado mexicano comenzó a reconocer el silencio y la omisión de acciones respecto a esta población, en tanto que instituciones como el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) tomó medidas importantes en su beneficio. Entre otras, en 2012 organizó el Foro Nacional de Poblaciones Afrodescendientes en México, con la colaboración de varias instituciones —entre ellas el INAH—, y publicó dos libros: la *Guía para la acción pública: afrodescendencia* (2011) y *Afrodescendientes en*

México. Una historia de silencio y discriminación (Velázquez e Iturralde, 2011).

En diciembre de 2013, la ONU también promulgó el Decenio Internacional de las Personas Afrodescendientes, con el lema “Reconocimiento, justicia y desarrollo”, que estará vigente entre 2015 y 2024. Este decenio permitirá que en el ámbito mundial se genere un interés más comprometido en la elaboración de acciones en favor de las poblaciones afrodescendientes.

La nueva dirección del INAH ha manifestado asimismo la intención de fortalecer la investigación sobre el tema, abrir espacios museográficos e incluso diseñar un museo sobre la población de origen africano en México. Confiamos en que el INAH contribuya a resarcir el silencio y olvido en que se encuentra hasta hoy la historia de los afrodescendientes en los museos de México y con ello aporte elementos para luchar contra de la discriminación, el racismo, y fortalezca el reconocimiento de la diversidad cultural, que es patrimonio de los mexicanos ✦

* Coordinación Nacional de Antropología, INAH

Notas

¹ *Africanías* comenzó con el libro coordinado por Velázquez y Correa (2006), después del cual se han publicado varios más dedicados a temáticas sobre mujeres de origen africano, debates historiográficos y otros temas antropológicos en coediciones con la UNAM, el CEMCA y el IRD.

² Además de la obra de Aguirre Beltrán, véanse, entre otras, Díaz (1998), Arcadia (1988), Ruiz (2005), Quecha (2011) y Masferrer (2014).

Bibliografía

Aguirre Beltrán, Gonzalo, *La población negra en México*, México, FCE, 1946.

_____, *Cuijla*, México, FCE, 1958.

Arcadia, Amaranta, “El papel de los estereotipos en las relaciones interétnicas: mixtecos, mestizos y afroestizos en Pinotepa Nacional”, tesis de licenciatura, México, ENAH, 1988.

Díaz, María Cristina, *Parentesco y queridato en la Costa Chica de Guerrero*, México, Conaculta, 1998.

Guía para la acción pública: afrodescendencia. Población afrodescendiente en México, México, Conapred, 2011.

Masferrer, Cristina, “Aquí se llamaba Poza Verde. Conocimientos de los niños de la Costa Chica sobre su pueblo y lo negro”, tesis de maestría en antropología social, México, CIESAS, 2014.

Quecha, Citlali, “Cuando los padres se van. Infancia y migración en la Costa Chica de Oaxaca”, tesis de doctorado, México, UNAM, 2011.

Ruiz, Carlos, *Versos, música y bailes de artesa de la Costa Chica*, México, El Colegio de México, 2005.

Velázquez, María Elisa y Gabriela Iturralde, *Afrodescendientes en México. Una historia de silencio y discriminación*, México, Conapred/INAH, 2011.

_____, y Ethel Correa (coords.), *Poblaciones de origen africano en México*, México, INAH, 2006.